

indios y negros que entre indios y blancos, creyendo que los indios fueron blancos en su origen como blancos nacen los niños indios y que sólo se oscurece su piel por efecto del sol y del humo del fuego de sus cabañas. La piel del indio es siempre extremadamente pigmentada predominando generalmente en ella el pardo claro en el que está mezclado el rojo en proporciones variables, oscilando la escala entre el ocre y el cobre. El rojo moreno de chocolate ó mejor de cacao casi chillón que André, por ejemplo, atribuye á los indios hachas de Barranquilla contribuye á formar los matices más oscuros. En cambio Virchow encontró que la piel de los supuestos odschibwahes era más bien amarilla que roja, opinando que es poco menos que absurda la idea de llamarles pieles rojas; lo propio dice Baguet de los payaguas. Hensel habla de los amarillos coroados y el príncipe de Wied encontró individuos blancos entre los botokudos: este último dice en un estudio general sobre las diferencias internas de los americanos que le parece sumamente difícil decir qué es una piel roja. Saens compara el color de los churrujes con el de las hojas de tabaco secas.

Cuanto más minuciosas son las investigaciones que se hacen, tantas más variaciones locales é individuales aparecen. Ya A. de Humboldt encontró á los mejicanos de color más claro que el de algunos sudamericanos y las tribus de la costa meridional de la Florida nos son descritos como más oscuros y más corpulentos que los del Norte y los picunches de las cordilleras del Sudoeste como más oscuros que sus vecinos araucanos. Y no hay que buscar en estos hechos influencias climatológicas, pues de existir éstas los patagones no serían más oscuros que los indios del Chaco y del Paraguay. Las variantes llegan hasta lo infinito. Dreising describe en los siguientes términos la coloración de un caudillo tehuelche: «en conjunto moreno claro, el rostro tirando á gris, el cuerpo con una punta de rojo pardo y el iris de un pardo oscuro muy marcado.» Corbusier dice hablando de los apaches-mohaves (Yavapai) que su color es más oscuro en verano que en invierno; Petitot afirma que el matiz de los tinnes varía en cada tribu. En algunos casos aparecen mezclas extranjeras, tal sucede cuando se nos describe á algunas tribus del Noroeste, como los klamathes, de un color más claro que los habitantes del río Colombia y que los californianos.

Los cabellos de los indios son de color oscuro, hasta el negro azulado, gruesos y rígidos; crecen más largos en la coronilla y en las sienes y constituyen un rasgo de raza tan característico y marcado que no hay nada que tan claramente demuestre en los indios una mezcla de raza como el cabello ondulado ó rizado. El hecho de no ser raro el albinismo explica los frecuentes datos que se consignan acerca de la presencia de cabellos blancos. Stevenson hablando de los zuñis dice: excepto siete ú ocho individuos, todos los habitantes del pueblo tienen el cabello oscuro; esas siete ú ocho excepciones son albinos, siendo un hecho fisiológico interesante el de que no haya dos de ellos pertenecientes á una misma familia; su cabello es de un rubio dorado, el color de su piel es extraordinariamente delicado y todos tienen los ojos tan débiles que se ven precisados á protegerlos contra la luz común del día. No escasean los ojos con cambiantes azules que encontramos, por ejemplo, entre los galibis y los botokudos. La barba es por naturaleza tan escasa que es proverbial la afirmación de que un indio barbudo no es de pura sangre; por esto los jóvenes y los hombres no sólo no la cuidan sino que procuran extirparla arrancando los pelos. Las cejas son también naturalmente claras; los payaguas de Paraguay se las arrancan y llegan hasta extirparse las pestañas parte por vanidad y

parte para ver mejor. Entre los ancianos se encuentran algunas barbas. Las tribus de los «barbados» que algunos mapas antiguos consignan pertenecientes, por ejemplo, al Brasil, no aparecen en parte alguna.

Por lo que hace á la estatura puede calificarse la de los americanos de regular; las mediciones hechas en gran número de individuos de ambos sexos oscilan entre 1'5 y 1'9 metros: la de seis odschibwahes medidos por Virchow era de 1'675 y de 1'7 la de los varones de los Mosquitos. Corbusier asigna á los varones apaches una estatura media de 1'73 y á las mujeres de 1'60, siendo el peso de los primeros de 157 $\frac{7}{8}$ libras inglesas. Como estatura de los botokudos (véase el grabado de la pág. 13) se dan cifras que oscilan entre 1'45 y 1'70 metros. Esta estatura, que bien podemos calificar de pequeña, prepondera de tal suerte en extensos territorios que la mayoría de las tribus de las Pampas, los guaranis y los tupis, los coroados y guajiros, los mejicanos y la mayor parte de los norteamericanos pueden ser dentro de ella comprendidos. En la parte meridional de la América del Sud existe una región, no limitada á la Tierra del Fuego, cuyos habitantes son aun de estatura más pequeña. Los huiliches de Chiloe son pequeños acusando las mediciones de Martin en seis hombres y siete mujeres una estatura de 1'57 para los primeros y 1'50 para las segundas. Wien hablando de los habitantes del Chaco dice que «de los maticos ninguno llega á 1'4» al paso que según él los tobas alcanzan una altura de 1'5 á 1'7. Coppinger da como estatura media de los chonos afines de los habitantes de la Tierra del Fuego, la de 1'55. Ni esta pequeñez que también se cita como rasgo de tribu de los puris y de los galibis, ni la altura exagerada de los patagones significan una desviación notable de la estatura media como con frecuencia se ha creído á pesar de haber sido ya refutada en el siglo pasado por las mediciones de Wallis, Carteret, Bougainville y Falconer. Las mediciones de patagones que se conocieron hasta 1878 daban una estatura media de 1'772, teniendo el individuo más alto 1'860 y el más bajo 1'730 metros. Dreising cita un caudillo tehuelche cuya estatura era de 1'83 metros. Las mediciones de Muster no ofrecen prueba alguna en favor de la alta estatura de los patagones, pues el término medio de la de los hombres es según ellas de 5 pies 10 pulgadas inglesas, por más que hay algunos que miden 6 pies 4 pulgadas. El género de vida puede influir en esto ya que Dobrizhoffer pone en la misma categoría de los patagones, por lo que hace á la estatura, á las tribus montadas del Paraguay que como ellos andan errantes de un lado á otro. Por lo demás, no faltan en otras tribus individuos altos; en efecto Crevaux midió entre los rukujennes, que por lo general son más pequeños que los franceses, á un hombre de 1'80 metros. Los jíbaros, siouxes y mohaves son citados como figuras imponentes. No es de extrañar que las tribus que viven en la miseria, como los tontos de Sonora, los tinnes, los odschibwahes y otros afines, acusen un gran número de individuos de pequeña estatura.

Uno de los caracteres frecuentes aunque no general de los americanos es la compactividad de la estructura corporal. El pecho extraordinariamente convexo que d'Orbigny nos describe hablando de los quechuás no está limitado á los punas del alto Perú y si bien este autor procura explicar esto respecto de los últimos por el enrarecimiento del aire que se nota en las elevadas montañas por ellos habitadas, esta explicación no cabe aplicarla á los barranquillas, por ejemplo, cuyas mujeres tienen el pecho muy convexo y las espaldas anchas, según afirma d'André. Los músculos del brazo están en extremo desarrollados, el antebrazo

es corto y las manos y los pies pequeños. Estos dos últimos caracteres están muy generalizados y son un rasgo de belleza en el cuerpo compacto de los americanos. El enérgico desarrollo del tronco aparece naturalmente más marcado en aquellos pueblos de América que pueden ser calificados de habitantes en canoas. En algunas tribus del Noroeste, entre los naturales de la Tierra del Fuego y en los wulbas encontramos con frecuencia extraordinariamente desarrollado el tronco y los brazos al paso que las partes inferiores son casi raquílicas y los nudos de los pies desviados, lo cual ha de atribuirse á la circunstancia de pasar estos indígenas la mayor parte de su vida recorriendo en sus estrechos botes los mares y los ríos. Los indios de los Montes Roquizes, de Nuevo Méjico y de muchos territorios mejicanos, especialmente las mujeres, tienen fama de esbeltos; y aun las mismas mestizas poseen una mano y un pie más pequeños que el de las españolas.

Algunas descripciones nos demuestran que entre el término medio de los indios americanos existen algunos pueblos superiores que son resultado de mezclas de sangre: así por ejemplo los jíbaros son descritos como individuos bastante altos, esbeltos, robustos, de rostro ortognato ó no muy prognato, de labios delgados, dientes pequeños, ojos colocados en línea recta y cabellos generalmente negros rara vez castaño-rojizos. De los naturales de Terranova se dice también que son de color más claro que otros indios y especialmente que los mikmikes que habitan en las costas canadienses que enfrente de aquéllos se extienden; Lloyd añade que la forma de sus cráneos no difiere de la de los europeos. También se designa á los haidahes como hombres de cuerpo bien formado, de color claro y de rostro delicado, encontrándose entre ellos con más frecuencia que entre otras tribus de la costa hombres y mujeres de aspecto agradable, facciones regulares y expresión inteligente.

Además de la desmesurada magnitud de la cabeza son rasgos característicos para la fisonomía de los indios la anchura del rostro producida por los pómulos desarrollados y salientes que á veces les dan el aspecto de mogoles ó chinos, y la estrechez y la escasa altura de la frente.

La nariz es á menudo aguilena y lo es de un modo tan pronunciado que constituye esta particularidad una verdadera tradición entre los artistas mejicanos y peruanos: los agujeros nasales son anchos. El hecho de que la nariz aguilena aparezca en la América del Norte con más frecuencia al Este que al Oeste de los Montes Roquizes, como lo admitió Bonneville y de que en la América del Sud, por el contrario, sea más frecuente al Oeste que al Este de las cordilleras tiene en cierto modo una explicación. En cuanto á las narices chatas y pequeñas las vemos mencionadas en los churrujes de Colombia, los galibis de Guayana, los chonos, los odschibwahes y otros (véase el grabado de la pág. 13). Los ángulos externos de los ojos se inclinan algunas veces más ó menos hacia arriba, lo cual unido á la anchura de los pómulos da á menudo al rostro de los indios el tipo mogol que con tanta frecuencia ha sido designado como «semejanza con los chinos» y que durante tanto tiempo ha hecho que en la América española se llamara «chinos» á los indios y que en California ha equiparado á los wintunes con los chinos allí emigrados. Los ojos son generalmente pequeños y la esclerótica tiene cierta punta de amarillo.

Con frecuencia se ha ensalzado y aun exagerado la finura de los sentidos de estos pueblos: algunos escarecen de la penetrante vista de los indios y hablando especialmente de la oxioptía de los abipones dice Dobrizhoffer: «A simple

vista ven lo que á nosotros nos es difícil descubrir con un cristal de aumento ó con un antejo.» A esto ha contribuido seguramente en las tribus cazadoras la constante práctica para orientarse y acechar. Petitot ocupándose en las excursiones de los tinnes por los cazaderos cubiertos de nieve y de hielo escribe: «la brújula es para ellos en tales ocasiones un instrumento innecesario puesto que conocen uno por uno los árboles, los abetos y los arbustos; las estrellas, las enredaderas de los árboles, la dirección de los campos nevados, una rama cortada entre la nieve, son cosas bastantes para orientarles.» De aquí procede también, quizás, la expresión de ave de rapaña que este autor observa en sus rostros.

Por lo que toca á las predisposiciones morbosas de los pueblos americanos, tienen especial interés las que indican una relación íntima con el hecho tan debatido de la rápida despoblación. La experiencia enseña que en los territorios bajos tropicales los indios prosperan menos que los negros y los mestizos de éstos: estos últimos están abundantemente representados, aun en aquellos puntos en que su número no es muy considerable, en las comarcas bajas atlánticas desde Maryland hasta Argentina. Las viruelas se han extendido con gran rapidez causando muchos estragos, siendo un hecho raro pero sobre el cual no cabe duda alguna, el de que los simples catarros tengan consecuencias igualmente funestas. A. Simson, en un estudio acerca de los indios piojes del Putumayo, dice que éstos temen comó una gran enfermedad á la coriza, y que al igual que los piojes de Napo demuestran gran cólera cuando aparecen en alguno de ellos señales de coriza ó de resfriado, pues saben casi con seguridad que los catarros se pegan con gran facilidad produciendo una fiebre peligrosa que á menudo acaba con la muerte. «Cuando descendí por el Putumayo — escribe Simson — los indios consacuntis me acusaron de haberles traído el catarro, cosa que negué rotundamente pues ninguno de los que me acompañaban parecía atacado de tal enfermedad. Dos meses después, un amigo mío que había visitado la misma aldea me refirió que casi todos los habitantes de la misma habían muerto á consecuencia de corizas que contrajeron con el simple roce con los blancos.» En vista de esto podría creerse lo que antes tantas veces hemos dicho, á saber: que estos pueblos á consecuencia de cierta deficiencia general de su organismo llevan en su seno los gérmenes de una muerte temprana; pero la buena suerte que cupo á los grupos de indios llegados anteriormente á esos territorios á las órdenes de blancos animados respecto de ellos de buenas intenciones, destruye completamente esta creencia. Es muy probable que los blancos no llevaron á esas regiones tantas enfermedades como algunos suponen y por lo que hace á la sífilis no falta quien pretenda haber encontrado en sepulcros precolombianos, en los de Madisonville por ejemplo, huesos con huellas de esta enfermedad. Una de las dolencias más extendidas así en la América del Norte como en la del Sud, es la distribución desigual de la materia colorante en la piel, de lo que resulta el color manchado de los llamados indios pintos que en la América española se conoce con el nombre de *carate*. A menudo se encuentran tribus enteras con la piel manchada. Cuando esta enfermedad reviste los caracteres más benignos la piel está simplemente cubierta de manchas oscuras ó negras, pero en los casos graves el epitelio es completamente negro y la epidermis aparece seca, escamosa y con planchitas endurecidas que se arrancan continuamente; luego aparecen puntos más claros, algunos de ellos de notable magnitud, y matices azules, violados y amarillos, resultando finalmente la rara impresión que en

la pág. 127 del tomo I hemos reproducido. A estos fenómenos, tan frecuentes entre los negros, mulatos y cuarterones, se refieren sin duda las noticias de «pueblos blancos» que con tanta frecuencia encontramos en las descripciones de América:

El carácter de los indios ha sido objeto de mayores controversias que el de los demás pueblos naturales. Existen varios hechos que justifican la afirmación sentada por O. Low «de que no pertenecen en su mayor parte á los mejo-

res miembros de la sociedad blanca los que precisamente se manifiestan disidentes y niegan á los indios toda aptitud para la civilización y toda inclinación á los actos nobles.» Innumerables tratados escolásticos y hasta algunas bulas pontificias se han propuesto demostrar que los indios tienen alma, lo cual, sin embargo, no fué óbice para que los españoles se presentaran en América en frente de ellos como *hombres de razón* y pretendieran para sí un código de honor propio, según lo indican las siguientes palabras tan á menudo escuchadas: *eso es indigno de un hombre de cara*



Instrumentos músicos de los juris del Brasil (Museo etnográfico, Munich)

blanca. De aquí que Clavijero opinara que á los fundamentos de una historia mejicana correspondía la prueba de que las almas de los indios eran *radicalmente* idénticas á las de los demás hijos de Adán. En nuestros tiempos de erudición se ha ido más allá y se ha querido demostrar la incapacidad de los indígenas para alcanzar una superior cultura por medio del carácter de los idiomas americanos y de la falta de palabras abstractas que en ellos se observa. Este argumento está plenamente rebatido por muchos hechos lingüísticos y de otras clases y por el ejemplo de Méjico y del Perú tomados no sólo de la historia antigua de estos países sino de la moderna. Bastará recordar la figura de Juárez cuya elevada posición histórica hubiera sido imposible á no haber estado adornado este personaje de relevantes dotes intelectuales, por más que comparado con Maximiliano la superioridad del mismo estribara principal-

mente en la fuerza de voluntad. A. de Humboldt, cuya opinión acepta Pimentel, dice hablando de las dotes de los indios mejicanos que se distinguen por su facilidad en aprender, por su buen criterio, por su lógica natural y por su afición especial á las más sutiles distinciones; que razonan con calma y con método, pero que no ostentan la imaginación ardiente, el apasionamiento y la fructífera fuerza creadora que son propias de los pueblos europeos meridionales y aun de algunas tribus africanas.

El indio es perezoso en todo lo que son ejercicios corporales: rara vez se le ve correr ni realizar algo con presteza, cuando no se trata de una cosa urgentísima. A esta afición al descanso se debe la rápida decadencia de las culturas americanas, pues la cultura significa trabajo. Cierta pereza de espíritu sirve también de fundamento á aquella indolencia de los indios, aquel *nihil admirari* que demuestran á la

vista de fenómenos nuevos y que aparece especialmente en su actitud refractaria á toda superior civilización. Cook hablando de los americanos del Noroeste dice: «muy pocos manifestaban deseos de ver y examinar cosas para ellos completamente desconocidas y que tanto habrían gustado á gentes verdaderamente curiosas, contentándose con proporcionarse aquellos géneros que ya conocían y cuyo valor apreciaban: todo lo demás era por ellos mirado con la mayor indiferencia. Las diferencias personales que en nosotros habrían de ver, nuestros trajes y nuestras costumbres tan distintas de las suyas, las dimensiones y estructura de nuestros buques á que no estaban acostumbrados, nada excitaba su admiración ni llamaba su atención siquiera.» Cuando llegan á reconocer las excelencias de ciertas conquistas de la civilización no hacen ningún esfuerzo por apropiárselas en más de lo que les es estrictamente necesario. La mayor dificultad que existe para civilizar á los indígenas sudamericanos es la falta de todo estímulo por alcanzar esta civilización; el indio que ha poseído un cuchillo no daría nada por tener otro. Con esta cualidad corre parejas la insensibilidad para los dolores, de la que veremos más adelante varios ejemplos. También se ha dicho de ellos, aunque no con perfecta razón, que en materia de amores son débiles y fríos, pero lo más probable es que el fuego de esta pasión exista en ellos y se extinga más prematuramente. Por regla general la mujer no desempeña gran papel en sus pensamientos y en sus sentimientos.

El indio ofrece la particularidad de que toda su flemma en materia de amor se convierte en apasionamiento cuando se trata de odio, por más que pueda ocultar durante mucho tiempo este sentimiento á los ojos de los que á su lado viven. «Para vengarse — dice Appun — traspone montañas, atraviesa selvas punto menos que impenetrables y sufre con placer el hambre, la sed y toda suerte de molestias y privaciones; no olvida nunca la ofensa que se le ha inferido y no se le hace nunca tarde, por años que transcurran, la hora de la venganza.» Aquella indolencia no supone necesariamente tristeza; al contrario, de esta capa de hielo surge con fuerza natural la alegría bulliciosa. O. Low, hablando de los indios de las Rocky Mountains (Montes Roquizes) meridionales dice: «Cantando se levantan y cantando se acuestan» y atribuye esta alegría á la atmósfera clara y bañada por el sol, pero en contra de este existe el hecho de que la misma alegría natural se encuentra en las sombrías selvas tropicales de la Guayana. Appun dice, que es falso que el indio de la Guayana sea silencioso, pues sólo en determinados casos y siempre en presencia de extranjeros se muestra callado, lo cual se debe á que es muy orgulloso y á que su orgullo sabe dominar la manifestación externa de todo sentimiento; pero cuando el indio se encuentra en medio de sus compañeros, entonces hace gala de toda su viveza. A menudo pasa la mitad del día hablando de sus aventuras cinéticas y de otros asuntos, demostrando en estos coloquios un buen humor extraordinario y entregándose á una mímica muy expresiva. Cuando ante él se presenta un extranjero, somete á un examen minucioso y seguro sus maneras, escucha atentamente sus palabras y luego dirige á todos lados una significativa mirada de reojo á los amigos que le rodean: nada se escapa á su certera vista y nada denuncia el triunfo que interiormente celebra, pero al regresar con sus compañeros á su cabaña traza el retrato del forastero y expresa con sátiras el concepto que le ha merecido.

Las manifestaciones externas del carácter de los indios se mueven dentro de límites muy estrechos, así la magnanimidad como las cualidades ó inclinaciones contrarias.

Muéstranse hospitalarios con los extranjeros pero al mismo tiempo los explotan con la mendicidad y con exigencias de toda clase. Los europeos que por espacio de algunos años han vivido entre ellos no recibieron nunca un regalo, pues si alguno les hacían no se pasaba mucho tiempo sin que les exigieran el precio. El agradecimiento parece ser desconocido por los más; esto no obstante, son nobles en muchas cosas y saben dominarse. Sólo á un profundo respeto por las leyes no escritas puede ser debido el hecho de que el derecho de propiedad únicamente esté protegido por símbolos; Gomara y posteriormente Martius refieren que entre los sudamericanos existe la costumbre de impedir por medio de hilos de algodón tendidos alrededor de los campos y de las cabañas la entrada en unos y otras de las personas que no estén competentemente autorizadas: esta costumbre recuerda á los hilos tabú de los polinesios y á los roten *fadi* de los malayos. La circunstancia de permanecer constantemente abiertas la mayor parte de las cabañas no puede explicarse por la pobreza de los objetos en ellas contenidos, puesto que para estos pueblos esta pobreza es una verdadera fortuna. La mentira y la jactancia son citadas como defecto muy frecuente en los indios; pero por otra parte los llamados *scoots*, guías indios del ejército norteamericano que estuvieron en continuo contacto con los blancos, han sido ensalzados por su fidelidad.

Se ha acusado de crueles á los indios de todas las comarcas y de todos los grados de cultura y en efecto lo son mucho unos con otros, como lo demuestran las persecuciones y las pruebas á que entre sí se someten, aumentando su crueldad cuando son objeto de ella individuos de otras tribus. Los sangrientos sacrificios humanos de los aztecas obedecen á esta dureza de sentimientos y lo propio puede sentarse respecto del modo cómo son tratados los prisioneros de guerra de los indios de las pampas, de quienes Dobrizhoffer dice: «aquellos á quienes matan de un solo golpe pueden decir que han muerto de muerte dulce y benigna.» La mutilación de los prisioneros para hacerlos morir lenta y dolorosamente era en otro tiempo costumbre general en la serie de tribus comprendida entre los apaches y los tehuelches, existiendo múltiples ejemplos de haber sido momificados en vida los moribundos. Los mismos zúñis, tan adelantados bajo muchos conceptos y aficionados á los trabajos pacíficos, solían arrancar el cuero cabelludo á sus enemigos. Los enfermos son objeto de malos tratos y el abandono en que se les deja alcanza no sólo á los extraños sino á los mismos padres y próximos parientes. En cambio los idiotas son tratados con respetuoso temor, pues es general la creencia de que estos infelices están en íntima relación con el espíritu bueno, razón por la cual sus palabras y sus actos son considerados como decisiones de la divinidad. Al lado de esto encontramos una porción de virtudes sociales altamente desarrolladas, descollando entre ellas, la evitación de las contradicciones manifiestas y de



Palo de danza con anillos, del Noroeste de América (Museo Municipal de Frankfurt del Mein).